

LA TRANSMISIÓN ENTRE LAS GENERACIONES

CASO ANA

Liliana Passarotti*

Recibí la llamada telefónica de Mónica solicitando una consulta por su hija de 14 años, diciendo que “está pidiendo ir a la psicóloga”. Al ofrecerle un día y horario me preguntó quiénes tienen que asistir, si todos o los padres solamente. Ante lo cual respondí que eso debían decidirlo ellos dado que era la primera entrevista y que en virtud que no los conocía no era conveniente intervenir en esta decisión. Al abrir la puerta del consultorio el día acordado -en el mes de abril de hace algunos años atrás-, me encontré con un matrimonio de mediana edad, donde la mujer presentaba un embarazo muy avanzado y el hombre empujaba un carrito de bebé, en el cual había una niña de un poco más de un año. Al lado de ellos, estaba una joven casi tan alta como los adultos, con la cabeza gacha mirando hacia el piso pero que al presentarme me miró y sonrió. Todos entraron al consultorio y la escena caótica que allí se desarrolló fue una pintura de lo que la adolescencia de Ana -Adriana Catalina en la niñez-, había generado en los padres. Con el correr de las sesiones fue develándose el protagonismo de la madre en esta cuestión y cómo esta joven debió vérselas con un condimento más en el trabajo psíquico que se produce durante la adolescencia.

Los padres de Ana creen saber por qué su hija “pidió insistentemente iniciar un tratamiento”. La cambiaron de colegio a principio de año porque ella lo pidió. Durante toda la primaria sufrió malos tratos y lo que ellos llaman “*bulling*” por parte de sus compañeros, incluso en primero y segundo año del secundario, pero no la cambiaron antes porque ese era el establecimiento al que había asistido el padre. Por momentos estaba bien, tenía amigas, pero a veces “tenía problemas para ir a la escuela, de los cinco días, tres lloraba”. Hasta que el año pasado, al terminar el segundo año del secundario, dijo: “Papá cambíame a donde sea, ya...”. “Y ahora quiere que la llamen Ana y nos exige que le digamos así, cuesta porque son muchos años, uno está acostumbrado a Adri o Cata... Adri le decían en la otra escuela”, agrega el papá. Ahora asiste a la escuela a la que fue su madre en la adolescencia.

*Lic. en Psicología y Lic. en Psicopedagogía. Especialista en Psicoanálisis con Adolescentes y Diplomada en Psicoanálisis con Niños (UCES); Posgrado en estrategias de intervención en problemáticas familiares con niños y adolescentes (HSE Elina de la Serna, La Plata).

“Yo no podía ver ese colegio –dice la madre- era igual que mi familia, mi mamá, mi papá, todo mentiras, no quería que se repita mi historia en el estilo de crianza”. Todo esto iba siendo relatado por los padres, mientras la niña de un año y medio corría de un lado a otro por el consultorio y la caja con juguetes que yo le había alcanzado, era desparramada por el piso y cada uno de sus objetos, lanzado como un proyectil sin blanco establecido. Ana sonreía, sentada a un costado, en silencio, como fuera de la escena. Esta postura cambió rápidamente, cuando le pregunté si quería que pensáramos un día para encontrarnos a solas y con énfasis dijo que sí.

Los padres pueden escuchar el deseo de su hija de cambiar de colegio y de ser llamada Ana. Cambios que inician una escalada de angustia y terror en esta mamá. Angustia y terror de que se repita su historia. Algo empieza a desplegarse en la novela que comienza a construir Ana. Novela que incluye el pasado y los antepasados, que recompone el origen.

En el primer encuentro que tengo con ella a solas, Ana dice que desde el verano que quiere que la llamen así, que sus nombres le gustan, pero que quiere que le digan Ana porque “es hacer como que no hubiera conocido a las personas que había conocido antes”. Y al preguntarle por qué quería empezar un tratamiento, justamente cuando habían pasado cuatro meses desde el momento en que se había autonombrado Ana, dijo que quería hablar con alguien, “descubrir quién soy, qué me gusta, no sé lo que quiero ser... me agarra como una depresión y no sé qué quiero”.

En ese tiempo antes de la consulta, Ana había investigado sobre sus nombres. Aclaramos que, a los efectos de preservar el secreto profesional en este trabajo, los nombres originales han sido cambiados. Los nombres elegidos por sus padres para ella eran poco comunes entre las jóvenes de su edad y a Ana le generaban curiosidad. Ambos remiten a historias míticas de muertes y secuestros. Uno de ellos está relacionado con laberintos sin salida, donde hombres y mujeres jóvenes eran encerrados hasta que morían. El otro nombre trae con él una historia de amor imposible, pero también el exilio y la muerte. Ana llega con esta temática al consultorio, muy conmovida. “Investigué en internet, quería saber qué significaban. Mis papás dicen que eligieron esos nombres porque combinaban con el apellido y por eso me llamaron así, pero no sé. Me gustan mis nombres, pero ahora quiero que me digan Ana”.

En una entrevista que mantengo con la madre a solas, dice que la nota más tranquila a Ana y que ella misma se siente mejor desde que su hija está en tratamiento, porque “siento que me ayudan”. Al preguntarle qué quería decir con ayuda, relata que siempre se sintió sola en la crianza de Ana y ahora con la chiquita también.

Que su esposo está y que es un padre presente, pero que en relación a sus propios padres, siempre ha sentido que no puede dejarles “que cuiden a las chicas, que me den una mano en la crianza, son los abuelos, pero no puedo dejárselas, ni loca”. Y revela que es adoptada. Ella creció con esta verdad no dicha hasta los 18 años, hasta que un primo se lo insinuó. Mónica no pudo hacer nada con esta revelación hasta que, quince años después, perdió un embarazo. En pleno duelo por una pérdida que implicaba una separación traumática, algo del pasado estalló en ella. Sabemos que un duelo remite duelos anteriores. Y a modo de un acting exigió violentamente a su madre que le dijera la verdad. Así, cuando Ana ya contaba con 11 años, Mónica confirmó las mentiras “...todos mentían, ellos (en referencia a los padres adoptivos), mis tíos, todos...”. Pero esto nuevamente permaneció silenciado hasta que un hecho -como escribe Osvaldo Frizzera (2005)-, se transformó en un acontecimiento que permitió una recomposición de la historia, un nuevo sentido. Mónica nunca lo había hablado con su padre adoptivo hasta que en un choque automovilístico provocado por él, donde temió por la vida de su hija menor, -otra vez el fantasma de la separación y, podríamos incluso decir, lo inesperado y traumático-, la llevó a una actuación violenta acusándolo de ocultarle la verdad y le pidió que le hablara de su adopción. No fue mucho lo que él le pudo decir, pero Mónica sintió que le puso palabras al secreto que su padre no podía nombrar. Y advirtió la existencia de ciertos reproches entre sus padres, culpas cruzadas y recriminaciones encubiertas que no logró entender. “Como que mi mamá tiene la culpa de la adopción”, dijo pensativa, pero no pudo preguntar nada más.

Nada de esto sabía Ana al inicio del tratamiento y yo tampoco, pero el sorpresivo cambio de nombre y la exigencia de que sus padres la llamen así junto a las preguntas que la llevaron a querer realizar una consulta terapéutica, hablaban de ese saber inconsciente que empezó a despertar en la adolescencia. Mónica quería decírselo a su hija, ponerle palabras, pero no sabía cómo. Finalmente, luego de varias entrevistas la mamá de Ana pudo empezar a tramitar el dolor y la angustia que el misterio sobre su origen le generaba. Sólo así logró develar en parte ese secreto, con la tranquilidad que le dio sentirse escuchada, contenida. La adopción fue ilegal en tiempos de la represión. Mónica nació en la década del 70 y fue adoptada de bebé e inscripta como hija biológica de los que creyó eran sus verdaderos padres durante mucho tiempo. Tenía, por las coincidencias de época, la fantasía de que podría ser hija de desaparecidos pero le costaba decir esto en voz alta. Recordó haber vivido episodios de mucha angustia y malestar siendo docente en una escuela que llevaba el nombre de un desaparecido en la época de la represión. “No soportaba a los chicos, los gritos las peleas me volvían loca.

No podía ir más a esa escuela y ver el nombre ese en el cartel de la entrada. Y lo que significaba, porque yo no sé... el año que nací es justo... me agarraba taquicardia. Tuve que renunciar. Nunca antes me había pasado algo así". Decía que no quería aún saber cuál era su origen. Y que temía que a quienes ella siempre creyó sus padres "les hagan algo" si se descubriese que es hija de desaparecidos, "son viejos, pobres y no les podría hacer eso". Por eso a Ana sólo le anunció, -como título-, que era adoptada y que no sabía nada de sus orígenes. Y le advirtió que no quería por ahora averiguar nada más, que lo iba a hacer más adelante.

Pero, Ana quería investigar. No fue una sorpresa para ella enterarse que la madre era adoptada. Dijo en sesión: "Me parecía, nunca vi una foto de mi abuela embarazada. Y el parecido físico, nada que ver mi mamá con ellos". Lo que no podía entender era el secreto, "guardar tanto tiempo algo así, debe ser terrible". Y se identificaba de alguna manera con la madre al expresar que "debe haber sido terrible para ella, enterarse de grande, el mundo se le debe haber dado vuelta. ¡Y fue ilegal! Merece saber la verdad". Sabía que no estaba autorizada a buscar quiénes serían los que ella llamaba "otros abuelos", pero quería hacerlo, "tengo que esperar a que ella quiera o a que yo sea mayor, pero lo voy a averiguar, eso seguro".

Sabemos que lo oculto, o reprimido, aquello de lo que no se puede hablar, tiene efectos en lo cotidiano. El fantasma de la apropiación circula junto con el de la separación en este vínculo madre/hija. Cada vez que aparecen en Ana movimientos de alejamiento y corte, propios de la adolescencia, surgen en Mónica actuaciones que no logra frenar. Así, un día Ana contó en sesión que su madre le destruyó el cuarto. Angustiada, dijo que le había sacado la puerta, que llegó del colegio y la puerta de su habitación estaba sacada, apoyada en la pared y que la mamá le dijo que lo había hecho para que ella no se encerrara, porque se lo pasaba encerrada y no veía qué hacía en todo el día. Ana soportó esta situación dos días, "fueron horribles porque me miraban todo el tiempo, no podía ni vestirme tranquila", entonces tomó la determinación de colocar la puerta nuevamente, sólo apoyada porque no tenía fuerza para fijarla en las bisagras "para tapar un poco". Esto provocó otra vez un acting en Mónica. Entró al cuarto de Ana y comenzó a romper todo "se puso histérica, rompió la mesita de luz al medio, golpeándola contra el piso. Rompió todas mis cosas, adornos, libros, mis aros y pulseras, todo tirado... todo está ahora partido al medio". Sólo Mónica se frenó cuando Ana también empezó a tirar cosas al piso y gritando y llorando logró sacar a su madre de la habitación. Días antes había empezado una relación amorosa con un chico que le presentó una amiga, "mis papás se van a dar cuenta porque no puedo

sacarme esta sonrisa de la cara” y sonreía en sesión sin parar, con esa risa fresca y espontánea que revela el primer amor. Y, efectivamente, la madre con su accionar, reveló que se había anoticiado de la existencia de ese otro desconocido, que podía llevarse a su hija, “secuestrarla” como dijeron más adelante. “Es difícil para Mónica -dijo el padre de Ana en una de las pocas entrevistas que asistió-, ella no salía nunca cuando era chica, porque la madre tenía miedo de que se la arrebataran, será por eso que no la suelta a Ana”. Y él intervenía muy poco o sólo hacía alianza con Mónica. Así fue que ante este primer indicio de salida exogámica le prohibieron tener novio a Ana y le exigieron que les contara todo.

Ana, sin embargo, siguió con la relación y un día cuando les anunció a sus papás que se iba a encontrar con él, ellos la dejaron salir. Pero, previo a este permiso, sometieron al joven, que solo contaba con 15 años a un interrogatorio tipo policial. “Era re feo pobre Nico. Estaba sentado en el sillón del living y mis papás, uno de cada lado, preguntándole cosas. Para colmo detrás de él estaban colgadas en la pared unas espadas, así cruzadas, que son de mi abuelo, no sé unas cosas espantosas”. Los dejaron salir solos, pero los siguieron “fue horrible, nos perseguían los dos con el carrito con la bebé. Nos apurábamos para perderlos, pero siempre aparecían. Igual, atrás de un árbol nos dimos un beso. Pero era horrible no quería que me vieran”.

Transcurridos ocho meses de iniciado el tratamiento, Ana se mostraba segura de sí misma y rodeada de amigos. Disfrutaba de sus salidas, cada vez más frecuentes, y decía que ahora hablaba con todos “en la otra escuela era distinto, ¡acá no soy más invisible!”. Exclamaba con alegría y aseguraba que ya no le importaba cómo la llamaban, “antes me había agarrado como una aberración por Adri, por lo que me había pasado con el otro grupo, ahora me pueden llamar como quieren porque ya sé que no importa el nombre sino como es uno mismo”.

En una de las últimas entrevistas antes de las vacaciones del verano, Ana relató una experiencia escolar. En una materia le pidieron realizar un trabajo relacionado con su personalidad, un dibujo o un texto. Y ella hizo un punto en medio de una hoja blanca. “no tenía ganas de pensar qué hacer y no creía que algo me definía”. Cuando tuvo que explicarlo enfrente de la clase dijo “nos parecemos a un punto. Está en una hoja blanca, gigante. Casi no lo ven los que están sentados atrás que representan a la gente que no nos conoce. La gente que no nos conoce no ve el punto. Los que están adelante sí ven el punto, son los que nos conocen.

El punto -nosotros- resaltamos en el grupo de amigos porque sabemos qué sentimos, qué pensamos y nuestros amigos también. Si desaparece la hoja no vuelve a ser igual. El punto no existe sin la hoja, la hoja es la sociedad." Dijo que la profesora la felicitó, que sus compañeros la aplaudieron y que su papá también celebró lo que hizo. El trabajo terminaba con una frase que había escrito del otro lado de la hoja: "El punto para ustedes no representa nada, para mí, representa mi todo" y al evocar todo esto en sesión dijo "no la reconocía como mía, me sorprendió, para mí no la había escrito yo".

Ana se sorprende de sí misma, se está descubriendo y ya no le importa cómo la llamen. Pensamos que la que fue Adriana Catalina en el tiempo de la infancia, al autonominarse Ana en la adolescencia se rebela, dándose un lugar diferente al que la cadena generacional le imponía. Y, al mismo tiempo, revela la existencia del pasado silenciado. Se abre así una puerta perversamente cerrada, clausurada. Traspasarla seguro llevará mucho tiempo, pero traerá consigo el armado de nuevas formas vinculares, nuevas nominaciones. Sólo historizando, se podrá disponer de nuevos significados, desanudar conflictos de generaciones anteriores no resueltos y recuperar la capacidad simbólica que la ausencia de palabras trastoca en actos sin sentido. Sólo trayendo al presente el pasado oculto Ana podrá construirse un pasado, escribir su novela, con la seguridad que la verdad conlleva de pertenecer a un linaje, a una genealogía auténtica. Agradezco a Ana que me haya dejado acompañarla al inicio de este camino.

Primera versión: 3/09/2018

Aprobado: 22/09/2018

Bibliografía

Aubert Godard, A.; Birraux, A.; Caule, E.; Lauru, D. y otros (2004). *Pensar la adolescencia*. Montevideo: Trilce.

Cao, M. (2009). *La Condición Adolescente*. Buenos Aires: Gráfica Laf.

Cao, M. (2013). *Desventuras de la Autoestima Adolescente*. Buenos Aires: Windú.

Donzino, G.; Morici, S. (comps.). (2015). *Culturas Adolescentes*. Buenos Aires: Noveduc.

Feres-Carneiro, T. y Levy, L. (2006). La Adopción: entre fantasmas jurídicos y realidad jurídica. Buenos Aires: *Actualidad Psicológica* N° 340.

Frizzera, O. (2005). "Los Padres: Encuentros y Desencuentros en el Psicoanálisis con Niños". *Revista Cuestiones de Infancia*. N° 9, pp. 60-68. Buenos Aires: UCES.

Frizzera, O. (2008). "Despertar de Primavera". *Revista Cuestiones de Infancia*. N° 12, pp. 52-60. Buenos Aires: UCES.

Freud, S. (1905). *Tres Ensayos de Teoría Sexual. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo VII.

Freud, S. (1908). *La novela familiar de los neuróticos. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu. Tomo IX.

Gamondi, A. (1997). "Los Unos y los Otros". *Revista Cuestiones de Infancia*. N° 2. Pp. 21-26. Buenos Aires: UCES.

Giberti, E. (2006). "El nombre de la madre de origen". Buenos Aires: *Actualidad Psicológica* N° 340.

Giberti, E. (2010). *Adopción siglo XXI*. Buenos Aires: Sudamericana.

Gomel, S. (2003). "Las Tres Generaciones en la Constitución Subjetiva". *Jornada Familia y Pareja*. Centro Oro. Buenos Aires.

Janin, B. (1994). *Los Adolescentes Actuales y el Vacío*. Buenos Aires: *Actualidad Psicológica* N° 212.

Janin, B. (2003). *Repeticiones, decepciones y reencuentros de padres a hijos*. Buenos Aires: *Actualidad Psicológica* N° 310.

Kaës, R. Faimberg, H. Enriquez, M. Baranes, J. (1983). *Transmisión de la Vida Psíquica entre Generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.

Le Pouliechet, S. (1996). *El Anudamiento de los Tiempos en la Novela Familiar. La Obra del Tiempo en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lo Giudice, A. (comp.). (2005). *Psicoanálisis, Restitución, Apropiación, Filiación*. Abuelas de Plaza de Mayo. <https://www.abuelas.org.ar>. Buenos Aires

Mitre, J. (2014). *La Adolescencia: esa edad decisiva*. Buenos Aires: Grama.

Monserrat, A. (2015). Tesis Doctoral *El aborto provocado en relación a la temática de la feminidad desde una perspectiva psicoanalítica*. Universidad Complutense de Madrid.

Rojas, M.C. (2015). Familia y Filiación: entre la sangre y el amor. Buenos Aires: *Actualidad Psicológica* N° 444.

Resumen

Ana es una adolescente de 14 años que pide que la empiecen a llamar con un nombre diferente al que usaba en la niñez. “quiero descubrir quién soy” dice al inicio del tratamiento. Con el correr de las sesiones fue develándose el protagonismo de la madre en esta cuestión. Ana no sabía que su madre era adoptada. Pero algo de esto empieza a revelarse y Ana logra empezar a ocupar un lugar distinto, al que la cadena generacional y los secretos familiares le imponían.

Palabras clave: adolescencia, secreto, transmisión entre generaciones, adopción.

Summary

Ana is a 14 year-old teen who asks to be called by a different name than the one she used in her childhood. “I want to discover who I am” says at the beginning of the treatment. With the passing of the sessions the role of her mother in this issue was revealed. Ana did not know that her mother had been adopted. But something of this begins to evidence and Ana manages to begin to occupy a different place, to which the generational chain and the family secrets imposed to her.

Key words: adolescence, secret, transmission between generations, adoption.

Résumé

Ana est une adolescente de 14 ans, qui demande que l'on commence à l'appeler avec un prénom différent de celui qu'elle utilisait pendant son enfance. “Je veux découvrir qui je suis” elle dit au début de la thérapie. Au cours des séances, le rôle important de la mère commençait à se dévoiler. Ana ne savait pas que sa mère était adoptée. Cependant, au fur et à mesure du temps, elle commence à s'en apercevoir. Par la suite, Ana réussit à occuper une place différente à laquelle les ascendants et les secrets de famille lui imposaient.

Mots clés: adolescence, secret, transmission inter-générationnel, adoption.

Liliana Passarotti

mlpom@hotmail.com